



ENCUENTROS EN UNA AGENCIA MATRIMONIAL

12 Historias Reales - *Sonsoles Fuentes, Debolsillo 2002.*

UN COCHE PARA LA CRIATURA

MONTSE:

Habéis llegado a la hora de su baño y después le toca la cena. Emma, di “hola”, así, con la manita. Es muy simpática, ríe con todo el mundo, pero ahora sólo piensa en comer y se le mezclará con el sueño. Anda, Manuel, tú les vas contando tu historia, mientras yo la baño.

MANUEL:

¿No queréis tomar nada, de verdad? ¿Sólo agua?

Bueno, pues yo fui a la agencia porque a estas edades, cuando uno todavía es soltero, el círculo de amistades siempre es el mismo. Tampoco me preocupaba mucho. Yo pensaba: cuando tenga que venir, vendrá.

Pero con 38 años aún no había llegado y fue cuando me apunté. Hasta entonces no había tenido ninguna relación seria, sólo algunas tonterías. Yo me divertía, jugaba a fútbol, corría en los cars... Siempre tenía cosas que hacer, y no te da tiempo a pensar. Yo me decía: “Si surge, pues bien, si no, vas haciendo”. A ratos, sí, pensaba que quizá me gustaría tener una relación; pero, vamos, tampoco eso me causaba problemas.

Y llega un momento en que te vas haciendo mayor y ves que continúas viviendo con los padres y que todo el mundo te dice cosas: “A ver si te echas novia”. Y en la agencia es más fácil, porque te van presentando chicas hasta que puedes encontrar a alguien afín.

Fue mi hermano quien me lo dijo. No sé si vio el anuncio o conocía a alguien que había ido, no lo recuerdo bien.

¡Hola, pequeñita! Ven aquí conmigo.

MONTSE:

Hala, quédate con papá, ¿eh? Voy hacerte la papilla.

MANUEL:

Es muy cariñosa, pero tiene hambre. Es una tragona. ¿A que sí? ¿A que te gusta mucho comer?

Pues sí, no sé si conocía a alguien que había pasado por la agencia, pero, bueno, supongo que, como él estaba ya casado y siendo más joven que yo... Además, que veía que no saldría de casa de mis padres. Es que soy diabético, y eso te dificulta un poco. Te puede dar un bajón por las noches, y no es conveniente que esté solo.

Fui a la agencia en diciembre y antes de conocer a Montse quedé con unas cuatro, creo recordar. Pero no fue muy bien. Con la primera nos vimos tres veces, y en la tercera cita ya me lo dijo muy claro: o esto iba en serio o ya no quería ningún tipo de amistad. Y, bueno, creo que primero tienes que conocer a la persona y que la relación tiene que ir madurando.

Otra era una chica un poquito tímida, y como yo también soy algo cortado, digamos que no podía cuajar ninguna historia entre nosotros.

Venga, venga, no llores, que ya viene la papilla. Mira, mira quién viene.

MONTSE:

Ven aquí. Y no le puedo dar las cucharadas poco a poco, ¿eh? Tengo que hacerlo a toda velocidad para que se calme.

MANUEL:

Recuerdo también a una chica que no me gustó, y otra que era muy religiosa.

Y luego, ya, con la señora Montse.

MONTSE:

A mí me mandó mi hermana. Y me acompañó ella, porque antes de apuntarme a esta agencia fuimos a otra. Estando aquí de vacaciones, en Navidad, me llevó. Pero no me gustó cómo me atendieron. Y me dijo: “Bueno, pues busca otra”. Yo le dije: “Ay, Cristina, me parece que no voy a ir”. No sabía cómo quitarle aquella idea de la cabeza. Y ella: “Que sí, que sí que vas a ir”. Ella vive en Castro Urdiales, y desde allí venga a insistir en que fuera. Y al final fui.

Ay, Emma, cariño. Es que además le duele la boca. Le están saliendo los dientes. Ten. Oh, por favor, qué desespero por comer.

Perdona.

Lo de mi hermana, no sé por qué. La verdad es que me quedé muy colgada, porque yo salía mucho con ella. Se casó con un chico de Bilbao y se fue al Norte. Entonces quedamos tres amigas, sin mi hermana, pero una también se casó. Y la otra empezó a tontear con el primo y yo me quedé más sola que la una.

A mi hermana le sabía mal, por eso supongo que insistió.

Imagino que sintió que me había abandonado. Bueno, la verdad es que me quedé sola, porque mis padres también se fueron para allá arriba. Es que mi hermana no se encuentra muy bien, y cuando tuvo las niñas, que tiene dos, mi madre se fue detrás de ellas, para cuidarlas.

Entonces me quedé aquí sola. Pero sola, sola.

MANUEL:

Bueno, estaban tus tías.

MONTSE:

Sí, y salía con mi primo y con otra gente. Pero todo eran parejitas. Y la verdad es que es un rollo.

Salí con uno durante muy poco tiempo, pero, no sé si es que soy un poco rara o que no aguanto según qué cosas. Bueno, a ver, no es que sea rara. Yo salí con un chico desde los 15 a los 21 años y me salió muy mal y aguanté mucho. Y cuando por fin se acabó la historia, maduré, porque la verdad es que hasta que no corté con él ni maduraba ni nada. Y a partir de entonces lo tuve claro: lo que me había pasado con uno no me volvería a pasar con nadie.

Era un chico muy normal. Pero cuando se fue a la mili, no sé qué le pasó que se volvió muy golfo. Me la pegaba cada vez que podía y, cuando lo dejamos, yo estaba buscando piso para casarnos. Me dijo que quería pensar, que no lo tenía claro. Eso fue en verano, y en enero se casó con otra. Fue un flash, más que nada por la edad que tenía yo. Era muy jovencita. Me quedé con 45 kilos, fumando como un carretero, bueno, me costó mucho recuperarme. Pero poco a poco lo vas asimilando y cada vez tienes más claro lo que no vas a aguantar nunca más de una persona.

Y posiblemente, algo de lo que hacía aquel chico me recordaba lo que hacía el otro. Puede, incluso, que lo radicalizara, no te digo que no. Es que te vuelves muy exigente y puedes fastidiarlo.

Ya está, cariño, ya está. Es que tendrá sueño, porque no ha dormido nada.

Lo que tenía muy claro es que lo que pasó con el primero no me volvería a pasar.

Va, Emma, va, a dormir.

MANUEL:

Nosotros nos conocimos en verano, aunque no recuerdo la fecha. Quedamos en ese cine que hay en Paseo de Gracia con Gran Vía, el Comedia. Y estuvimos tomando algo por allí. Luego la llamé y se había ido a pasar cuatro o cinco días a Castro Urdiales.

Después a la vuelta, quedamos de nuevo.

¿Nos vimos tres o cuatro veces nada más, no?

MONTSE:

Es que eran vacaciones.

MANUEL:

Exacto. Se fue de nuevo a Castro Urdiales, y yo, como me iba a Galicia, pasé por allí.

Su hermana y ella me buscaron un hotel y pasé unos cuantos días. Entonces se formalizó la cosa.

Creo que desde el principio notamos que había *feeling*.

MONTSE:

Ya ha caído dormida. Es que este es el ratito malo de ella, pero ya veis, es sólo acostarla y ya está, hasta por la mañana, que se despierta con una sonrisa.

¿Qué les has contado?

MANUEL:

Que fue todo muy rápido.

MONTSE:

Nos conocimos en junio, subiste en agosto, y en enero ya te viniste a vivir aquí.

MANUEL:

Y en junio nos casamos.

MONTSE:

Y en mayo nació la niña.

Deprisa, pero es que también, con la edad que teníamos.

MANUEL:

Tampoco nos íbamos a tirar cuatro años de novios.

MONTSE:

Más fuerte fue para la familia. Sobre todo, para la de él.

MANUEL:

Es que nunca habían sabido nada, de que andaba con chicas. Y les extrañó que fuera tan rápido.

MONTSE:

Sí, me acuerdo de que le dijimos a tu madre: “En junio nos casamos, Angelita”. Y dijo: “Ay, ¿no tendríais que ir os a vivir juntos antes?” Y él: “No, si en enero ya me voy con ella”.

La dejó un poco flasheada, pero bien.

MANUEL:

Es que, con mi problema del azúcar, se siente un poco protectora. Y no sabía si Montse iba a saber de estos cuidados, si iría bien todo.

Claro, no se lo esperaban. Pero ahora están muy contentos.

MONTSE:

Lo más normal es que conozcas a gente cuando sales a divertirte. Y la mayoría de lo que te encuentras por ahí son bastante golfos.

MANUEL:

Hombre, tampoco es eso.

MONTSE:

Manolo, yo te hablo de lo que me ha pasado a mí. La mayoría de los que he conocido así han sido golfos.

Chica, es que además parece que tengas un imán. Vas a parar siempre al que no debes.

MANUEL:

La verdad es que las chicas que yo he conocido en ambientes de discotecas tampoco han sido... puf.

MONTSE:

Y en el trabajo tampoco te muestras tal como eres, porque has de mantener la compostura. Tampoco es real.

No sé, quizá es que yo me he topado con todos los golfos porque tenía que pasar por un proceso de recuperación. Pero ha sido un proceso largo, ¿eh?, duro y difícil.

¿Cómo es que no has puesto nada para beber?

MANUEL:

No han querido nada, sólo agua.

MONTSE:

Pues sí, hasta que no apareció Manuel no he tenido mucha suerte, no. Me acuerdo de lo que dijo su hermana cuando le contamos que nos conocimos por una agencia: “Con razón sois tan iguales, porque de otro modo era imposible”.

Y eso que no veas la cantidad de entrevistas que tuve antes de él. Una pasada, no paraban de llamar. Es que se me acumulaban.

MANUEL:

A las chicas les suele pasar. Las llaman mucho más que a nosotros.

MONTSE:

Pero muchos, es que era horroroso. Acababa de quedar con uno y ya me estaba llamando otro.

MANUEL:

Claro, yo lo tenía más difícil. Sólo tuve cuatro citas, tú tenías más posibilidades.

MONTSE:

Al contrario, quien lo tenía más fácil eras tú.

MANUEL:

No, porque tú conocías a más gente.

MONTSE:

Pero me costaba más decidirme. Perdía la onda.

MANUEL:

Sí, pero no me digas que no es mejor la posibilidad de elegir entre treinta. Vamos, que yo he pasado la selección y con nota.

Aunque no sé qué habrá visto en mí.

MONTSE:

Ay, qué tonto.

No, la verdad es que tanto como treinta, tampoco fueron, no vamos a exagerar, pero no sabía cómo montármelo. ¡Si me faltaban días para atender a tantas llamadas! Hombre, la verdad es que al principio te sube la autoestima. Pero luego te deprimes un poco, porque ves que va pasando el tiempo y que no das con la persona. Te desanimas un poco. Me apunté en enero y conocí a Manuel en junio. Y no es el tiempo que tardas, sino el conocer a tanta gente.

Ay, perdonad que atienda al teléfono.

MANUEL:

Es que vamos a coger a alguien para que se encargue un poco de la casa.

MONTSE:

Desde que nació la niña es imposible. Y eso que es buena, que duerme y no da ningún tipo de problemas. Pero con todo, un crío te absorbe demasiado. Cuando estaba embarazada, él me ayudaba mucho, pero ahora, aunque estamos los dos al pie del cañón, te faltan horas. Y esta semana he vuelto al trabajo. Se me acabó la baja maternal el lunes y no puedo, me está costando mucho adaptarme. En serio, creo que cuando se tiene un niño necesitamos un año como mínimo de baja, porque la criatura lo necesita.

Pero tú también. Llevo una semana que tengo la sensación de que me voy a caer en cualquier momento. Me acuesto detrás de la niña, casi sin cenar, porque no aguanto en pie.

Bueno, me preguntabas por los que me llamaron.

Me pasó de todo.

La primera entrevista parecía una prueba de fuego. Yo, cuando lo vi, dije: “Me quiero ir, me quiero ir, porque, además, por aquí viven mi tía y mi primo y como me vean... Yo me quiero ir”.

Ay, enseguida me di cuenta de que no tenía nada que ver conmigo. A ver si me explico: el problema no era él, sino él y yo juntos. Y cometí un error de novata: quedamos para comer.

Y mi hermana que quería que le explicara las entrevistas. Tenía que apagar el móvil, porque la tía me llamaba en medio de las entrevistas: “¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Ya lo has visto?” ¡Jo, con la niña!

Ahora, eso sí, él se vendió muy bien: me dijo que era constructor, que tenía una empresa constructora, que tenía un gran coche, que tenía un piso, que tenía un parking, que tenía un chalet. Bueno, se ve que trabajaba en la compañía de la familia. Pero yo quería a alguien más afín a mí. Es que no pegábamos ni con cola. Además, me invitaba a comer, pero luego la comida me la tuve que pagar yo. Suerte que con toda la experiencia que tenía de antes, yo siempre iba con dinero.

A partir de ahí pensé: a mí no me pillan para comer más, quedaremos en un sitio público para dar una vuelta e inventaré alguna excusa para marcharme pronto si no me va.

MANUEL:

Es que vas aprendiendo.

MONTSE:

Claro, porque quedas con alguien que no conoces para una comida y puede que llegue un momento en que ya no sepas qué decir ni de qué hablar. Porque no tienes nada que ver con esa persona.

MANUEL:

Ese problema te lo puedes encontrar.

MONTSE:

Es que, de verdad, hubo otro con el que ya no sabía qué tema sacar. A todo contestaba:

“Sí”.

“No”.

“No”.

“Sí”.

“Desde luego”.

“Claro”.

No sé, creo que la gente que nos viera debía de pensar: “Jo, esta chica, menuda chapa le está pegando al chaval, que el pobre no abre la boca”.

MANUEL:

Puede ser por los nervios.

MONTSE:

No sé. Pero me sorprendió, porque era joven, y se le veía normal. Iba a esquiar, hacía otros deportes.

MANUEL:

Pero quizá era cortado.

MONTSE:

Chico, a mí me preguntáis y yo contesto.

MANUEL:

Hombre, yo pienso en la gente que es así. En el trabajo hay uno nuevo, con un Golf GTI, y guapo. Sube en el ascensor contigo y, como no seas tú quien dice algo, nada. Y si te contesta lo hace vagamente. Creo que son personas muy tímidas.

MONTSE:

Con los que menos encajaba fueron este chico, el de la primera entrevista, y luego un fantasma que no sé para qué se apuntó a la agencia. Tenía un negocio propio también, y, en fin, ese chico no buscaba una relación seria. A mí me lo dijo. Aunque tengo entendido que a veces ésa es la excusa que se utiliza para no quedar más contigo, porque no le has gustado, y al cabo de dos meses se comprometen con alguien.

Pero creo que hay formas más elegantes de hacerlo, porque yo me he citado con muchos que no me han gustado, y cuando me llamaban de nuevo, decía: “Es que he de ver a otra persona, porque tengo muchas entrevistas que atender”. Me parece que lo otro queda muy mal decirlo.

También me pasó un caso muy curioso, con un chico que vive en Sant Quirze.

Cuando lo conocí llevaba barba y, a medida que hablábamos, descubrimos que habíamos vivido en el mismo barrio cuando éramos pequeños. Y, además, me enseñó una foto de él cuando era más jovencito y sin barba y nos conocíamos. Fue una pasada.

Nos reímos mucho aquel día. Recordando cosas. Fue alucinante.

MANUEL:

¿Y luego no volvisteis a quedar?

MONTSE:

No. Después le presentaron a otra chica que le gustó. Pero eso ya se sabe. Yo hablé con él un par de veces más, pero por la curiosidad aquella. Sí, incluso, su madre iba a peinarse a casa de mi tía. Quiero decir, una casualidad increíble. Y después le presentaron a una chica, o eso me dijo, claro, a lo mejor utilizaba la misma excusa que yo.

Pero con ese chaval me reí mucho.

No me gustaba. Para una relación seria, no. Pero hubiera conservado la amistad.

Yo he quedado con todos hasta que conocí a Manuel. Hice todas las entrevistas, y nunca descartaba a nadie porque por teléfono no me gustara. Pienso que el teléfono engaña.

Pero hice todas, todas las entrevistas. Incluso un sábado quedé con uno por la mañana, al mediodía me fui a comer a casa de mi primo y por la tarde quedé con él, con Manuel.

Fue el 12 de junio aquel. Que, también, el señor es original quedando, ¿eh? ¡En la puerta del cine Comedia! Como allí no hay nadie... Busca, a las cinco o las seis de la tarde, cuando comienzan las películas.

MANUEL:

Había gente, pero no mucha.

MONTSE:

Bueno, Manolo, pero ¿cuánto tiempo estuvimos, tú mirando para un lado y yo para el otro?

MANUEL:

Sí. Yo veía a una que fumaba y pensé: me parece que me ha dicho que no fuma, no puede ser ésa. Una rubia. Y no sabía si decirle algo o no. Llegó un momento en que dije: “Me voy”.

MONTSE:

Y a mí me pasó igual. Dije: “Éste que viene es”. Y luego me di cuenta de que había quedado con tres o cuatro más para ir al cine. Bueno, pues no era.

MANUEL:

Te quedabas un rato mirando a alguien que creías que podía ser ella, hasta que llegaba otra persona y se ponían a hablar.

MONTSE:

Pero, ¿ves? Entonces ya me lo montaba bien. Por la mañana le decía al chico que tenía prisa porque había quedado para comer, y a él lo mismo, porque me esperaban para cenar. Por si acaso pasaba algo raro. Después, si veías que podía ir bien, quedabas con más calma.

Intentaba combinármelo así los fines de semana. Esta tía y mi primo procuraban que yo no estuviera mucho tiempo sola. Comía o cenaba muchas veces con ellos. Además, el doce de junio es el cumpleaños de mi madre y el trece es el santo de mi tío, y lo celebraban. Todo coincidió aquel fin de semana.

Pero, claro, aunque quedara con ellos o celebrara algo, tenía que hacer entrevistas, porque es que se me acumulaban los sobres que llegaban a casa. Y al principio esperaba a que llamaran ellos, pero llega un momento en que pierdes la vergüenza y la timidez. Dices: “Tengo que ir respondiendo y éste no llama, pues cojo yo el teléfono”.

No sé si hice 19 o 20. Además, tenías que responder a la agencia, decirles qué te habían parecido, y a veces metía tres o cuatro respuestas en un mismo sobre.

Primero era relajado. Pero, después, cuando se acumulaban las fichas en el buzón, no sabías cómo montártelo. Y, claro, como también aprovechaba los puentes y días de Semana Santa para ir a ver a mi familia, de vacaciones, pues me faltaban días.

Además, tuve un problema, porque mis padres bajaban a veces a pasar unos días, y, claro, si llamaba un chico no pasaba nada, pero que llamaran cinco o seis diferentes a diario... Mi padre decía: “Aquí qué pasa. Nunca ha llamado nadie y, de repente, ayer tomé el recado de un José, hoy de un Juan. No entiendo nada”. Yo, claro, le decía que eran amigos. Pero se extrañaban, y cuando sabía que iban a bajar concretaba las máximas citas posibles para que no sonara el teléfono con ellos aquí.

Y después no me acordaba de quién era uno y quién era otro. Pero, bueno, divertido. Al principio era muy divertido, pero después decías: “Vaya, otra entrevista. Y éste, ¿cómo será? Hablará, no hablará”. Hubo uno que me dijo que hacía esquí de fondo, y yo pensaba, pero este hombre cómo va a hacer esquí de fondo. ¡Si era así de gordo! Te pasan cosas curiosas. Vamos, es que no podía hacer esquí de fondo nunca en la vida.

Y uno que tenía un motel. Pregunté: “¿Un hotel?” Y me dice: “No, un motel. Un motel de citas”.

También recuerdo a un chico de Sabadell, que era muy majo. A mí no me gustaba. Yo a él sí. Este chico tenía un problema. Bueno, no, no era un problema: quería que fuéramos a lugares donde no nos pudieran ver. Y dije: “Pues, chico, busca sitios, busca, porque no sé”.

MANUEL:

A ver si tenía novia.

MONTSE:

Yo qué sé.

No, si era muy majo. Pero, además, yo había pedido a la agencia hombres que no fumaran. Y él fumaba. El pobre me decía: “Cuando quedo contigo tengo que fumar, porque me pongo muy nervioso. Pero si tú me pides que no fume, lo dejo”. Y yo: “Pero si yo no te tengo que pedir nada”. Yo sólo quería ir con alguien que no fumara, pero no obligar a nadie a dejarlo.

Al chaval se le veía buena persona. Trabajaba en una empresa donde era encargado de una línea de montaje de mujeres, y se pasaban todo el día metiéndose con él: “Luisito, a ver si te casas, a ver si te buscas una novia”. Pobre, se ve que lo pasaba muy mal.

MANUEL:

Uf, eso es peligrosísimo. Como se junten ocho o diez mujeres, puaf.

MONTSE:

Él decía: “Ya me tienen frito. Yo no sé qué voy a hacer. Tengo unas ganas de tener novia para que me dejen en paz”. Se ve que alguna quería presentarle a la hija o a la sobrina, porque lo encontraba muy buena persona.

MANUEL:

Te cohíbe, eso te cohíbe mucho. Ese tipo de presión es muy desagradable. Yo lo he pasado, por supuesto, como cualquier soltero mayor de 30 años.

MONTSE:

Y a nosotras también nos pasa: “A ver si te buscas un novio que te alegre”.

MANUEL:

Una vez te lo tomas como una gracia. Pero cuando se ponen pesados, no lo soportas.

MONTSE:

Yo creo que ahora la presión se ejerce más sobre los hombres que sobre las mujeres. Porque muchas chicas deciden por sí mismas no emparejarse. Hasta hay algunas dispuesta a ser madres sin tener pareja. Yo misma me lo planteé en su momento. Y con los hombres da la sensación de que, si no están con una mujer, no saben defenderse.

MANUEL:

Es que podemos tener más dificultades. Pero también hay muchos chicos jóvenes que saben vivir solos.

MONTSE:

Y se espabilan. Al menos los más jóvenes. Porque con tu edad ya es más difícil, no os han educado para eso. No es una crítica, ¿eh?

MANUEL:

No, ya, sí sé que es así.

MONTSE:

Aunque hay de todo. Porque ahora son las niñas las que no hacen nada.

MANUEL:

Bueno, a mí por lo menos no me viste nada raro.

MONTSE:

No, de entrada, no. Te vi bastante normal.

MANUEL:

Bueno, no te dije nada de lo que tenía, pero tampoco te vendí la película.

MONTSE:

No, pero quedamos dos o tres veces hasta que me lo dijiste.

¡Me pegó un susto!

Fuimos al cine, y me dijo: “Yo te tengo que decir una cosa”. Y pensé, anda, ahora estará separado o tendrá un hijo por ahí. Algo pasa. Y cuando me explicó lo que era, dije: “Bueno, eso no es nada”.

MANUEL:

Es que para mí la diabetes era un problema. Yo no sabía cómo podía reaccionar.

MONTSE:

¿Ves? Para él era un problema, mientras que mi mente iba por otro lado, porque siempre había topado con lo mismo.

MANUEL:

Y fue muy fuerte que no le diera importancia.

MONTSE:

No, si no es que no sea importante. Pero hay que tener cuidado y ya está. Tiene que llevar un control, una vida ordenada.

Pero problema, ninguno.

MANUEL:

Para mí sí, siempre lo fue.

De hecho, era uno de los motivos por los que me costaba relacionarme. Siempre vivía con la obsesión de cómo influiría esto en mi pareja. Supongo que era un complejo. Me lo diagnosticaron con 17 años, la edad en que estás empezando a vivirlo todo, y para mí fue un trauma. Creo que no llegué a asimilarlo hasta los 30. Fue muy duro. Cuando tonteaba con alguna chica, no lo contaba, me lo tomaba como algo muy personal. Ni siquiera lo sabían algunos de mis amigos.

MONTSE:

Que por otra parte es un peligro, porque le podía dar un bajo y no habrían sabido qué le pasaba ni qué hacerle.

MANUEL:

Para mí era como si yo fuera inferior a los demás, por eso intentaba que no lo supieran. Y eso influía en todo.

MONTSE:

Imagínate, que te vayas un fin de semana con él y que de repente se ponga a sudar, con uno de esos bajones. Si no sabes de qué va... Al principio de estar aquí le daban muchos. Ahora no, gracias a Dios.

Además, para mí no era un problema, porque yo estaba trabajando con un chico que tiene lo mismo que él. Y eso sí que es grave, se caía continuamente. Y quieras que no, ya no me impresionaba, porque a ese muchacho le daban los bajones muy seguidos y estaba acostumbrada. Ahora trabaja en otro departamento y, cuando le da, vienen a buscarme porque yo le hacía reaccionar rápido y saben que mi marido tiene lo mismo.

En fin, es una enfermedad crónica que hay que controlar. Y ya está, el conflicto sería que fuera un descontrolado.

MANUEL:

No es el caso.

MONTSE:

Y después de decírmelo, me iba de vacaciones a Castro Urdiales. Pero mi hermana vino antes. No lleva muy bien el frío de por allá. Me dijo que necesitaba sudar, sudar por las noches, que se venía en avión con la niña para estar una semana aquí, y que luego nos íbamos en coche.

Fue cuando se lo presenté. Habíamos quedado para ir al zoo y él le hizo una sesión de fotos a la niña. Le gusta mucho las fotografías. Que os enseñe las que hizo en Austria, cuando fuimos el año pasado.

Después nos fuimos para el norte y él se vino detrás.

MANUEL:

Nunca me dijiste qué comentó tu hermana de mí cuando me conoció, qué impresión le causé.

MONTSE:

Pues, nada. ¿Sabes qué me dijo?: “Ay, Montse, si te casas con este chico, se tendrá que cambiar de coche, porque en éste tan pequeño no va a caber una silla para un bebé”.

MANUEL:

Ya ves, a mí que ni se me había pasado por la cabeza tener un niño.

Ahora, sí. Su hermana tenía razón. Y tanto que tenía que cambiar de coche.